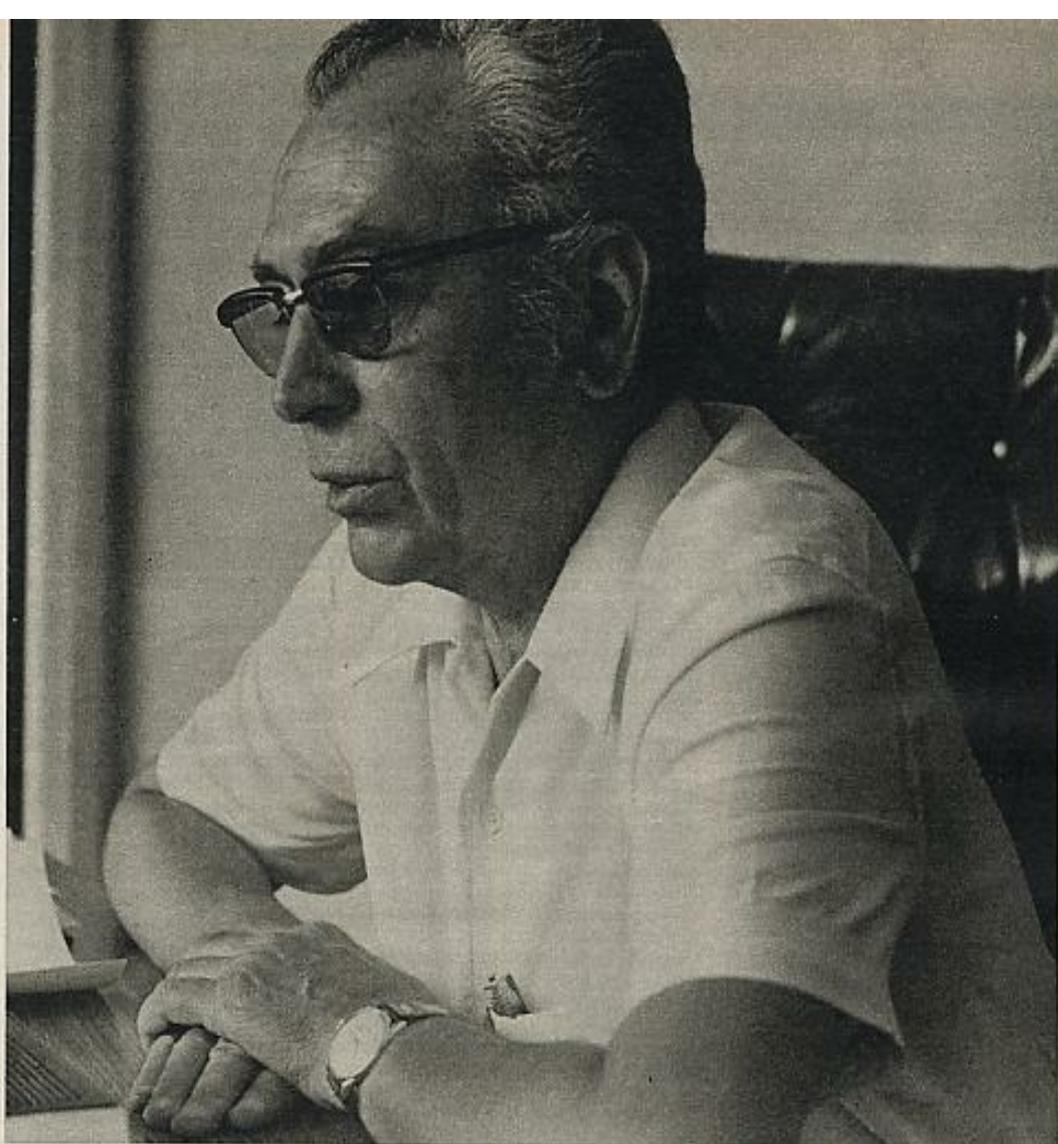


A orillas de su calma imperturbable, se siente la fuerza, la energía contenida. Los que dicen de él que es una roca no se refieren a su aspecto físico. No es un atleta. O si lo es, hay que referirse a su textura moral. En el minero que fue y que sigue siendo —hoy en busca de otras vetas— Francisco Romero Marín, hay una solidez mineral. Es esa su fuerza interior la que le valió de Dionisio Ridruejo el apelativo de "El Tanque", que desde entonces le acompaña como un tatuaje.

Con tales características, nada parecería más inadecuado que llamarle "Pimpinela Escarlata". Y, sin embargo, durante diecisiete años de acción clandestina al frente del PCE en Madrid consiguió burlar la persecución policíaca. El lo atribuye sencillamente a su prudencia y a su serenidad. "Nada me molestaba más que ver en algunos camaradas una actitud nerviosa, inquieta. Eso era un peligro". Su serenidad, su calma, que se acompañan de una voz pausada y uniforme, pueden exasperar, como le ocurrió al jefe de la Brigada Social ante el muro de silencio que le oponía. Fuera de sí, exasperado, el policía le gritó: "¿No ve usted que no estoy nervioso?". "El que no está nervioso soy yo, ¿no lo está viendo?", le respondió "El Tanque".

Entre aquel joven minero que salió de Río Tinto con una columna desaharrapada, en una marcha épica y pintoresca, hasta su abandono de España con el grado de teniente coronel, y el que hoy es uno de los máximos dirigentes del PCE, median cuarenta años de lucha ininterrumpida. "Yo no sé si veré el socialismo —dice Romero Marín— pero lo que sí sé es que seguiré luchando hasta mi muerte por su implantación".



ROMERO MARIN el hombre tranquilo

DESDE muy pequeño viví la emigración. Mi padre, que era minero en Río Tinto, socialista, tuvo que emigrar a Francia para encontrar trabajo. Había sido represaliado por su participación en una huelga. De la miseria que habíamos vivido en Andalucía pasamos a una situación más habitable en Francia. Allí pude ir a la escuela, y aprendí francés muy rápidamente. Recuerdo que allí mi padre seguía recibiendo "El Socialista" y que yo se lo leía por la noche. Mi primer recuerdo político es la fiesta del primero de mayo en el pueblo donde vivíamos. A los trece años entré a trabajar en una fábrica de vidrios. El trabajo era muy penoso. Se nos clavaban los residuos del vidrio en los pies a través de las zapatillas.

—¿Había abandonado definitivamente la escuela a esa edad?

—No, porque cuando regresé a España, como aún no tenía los catorce años, fui por algún tiempo todavía a la escuela, en Río Tinto, a la vez que ayudaba a mi abuelo, que era hortelano. Muy de mañana llevaba la carga de hortalizas a la plaza de abastos, donde mi abuela

tenía un puesto. A mediodía, al salir de la escuela, tenía que pasar de nuevo por el puesto para recoger lo que no hubiera vendido. También entre las doce y la cuatro de la tarde, en que volvía a la escuela, vendía por la calle aceitunas, machacadas y aliñadas por mi madre. Después de la escuela, por la tarde, volvía a la venta de la aceituna. Y así hasta que cumplí catorce años, hasta que empecé a trabajar de pinche en la mina, en unos terrenos enormes donde se quemaba uno las alpargatas porque el mineral, en verano, quemaba de lo lindo. Hacía allí tanto calor que a veces velamos caer a los pájaros asfixiados. Mi trabajo consistía en llevar agua en unos barriles de madera a la gente que paleaba el mineral.

—¿Su padre trabajaba también en la mina?

—Sí, mi padre era picador, en el interior, pero también trabajaba de saneador en unas cortas que había en el exterior. Era éste un trabajo peligroso que más de una vez llevó a mi padre al hospital. Yo pasé luego a contador de vagones, tarea muy arriesgada porque había que

saltar de vagón en vagón. Muchos de los chavales que hacían eso llegaban a perder las piernas con facilidad.

—¿Había mucha combatividad en la cuenca minera?

—Sí. Se hablaba todavía de la famosa huelga del año veinte, en la que muchos miles de niños de Río Tinto tuvieron que ser recogidos en hogares de toda España. Cuando Primo de Rivera hizo un viaje por Huelva, se paseó por la cuenca minera en un coche especial. Cuando pasó ante nosotros, que en ese momento estábamos comiendo, nos volvimos de espaldas. Lo hicimos todos.

—Participé en la huelga del quince de diciembre de mil novecientos treinta, el día que fusilaron a Galán y a García Hernández. La huelga fue general.

—En esa época, ¿tenía ya una conciencia política o meramente sindical?

—Yo tenía sencillamente una conciencia de clase. Había ingresado en el sindicato minero de la Unión General de Trabajadores en mil novecientos veintinueve. Fre-

cuantaba la Casa del Pueblo, pero todavía no tenía unas ideas políticas claras. Eso sí, ya sentía el odio a la explotación... Como les digo, había una agitación bastante grande. Se veía que algo se movía. En mil novecientos treinta y uno se organizó la Juventud Socialista y yo ingresé en ella. Me eligieron como secretario de actos. Vendíamos por las calles el periódico de la Juventud, "Renovación", en grupos de diez o quince. En mil novecientos treinta y tres ingresé en el Partido Socialista.

—¿Qué posibilidades de formación ideológica había allí?

—Por allí apareció un hombre de Nerva, que había venido de Sevilla, enfermo, y que se dedicaba a vender gaseosa. Se llamaba José Rodríguez. Estaba inscrito en el Sindicato de dependientes de comercio. José Rodríguez organizó una buena biblioteca, en la que metió una serie de textos comunistas, de Bujarin, Lenin, Stalin. Con estas lecturas empezamos a radicalizarnos. De la Juventud Socialista surgieron unos grupos con mucha influencia comunista. En aquella época había una gran admiración por la Unión Soviética. Oíamos Radio Moscú. Este hombre del que les he hablado fue luego secretario de la Regional del Partido Comunista en Andalucía. Fue a él a quien sustituyó Pepe Díaz. Ahora vive en Sevilla. Está ciego. Hace poco fuimos a darle el carnet Ignacio Gallego, Tomás García y yo.

El 34, un fiasco

—¿Por qué abandonó el Partido Socialista?

—Para mí fue un golpe muy grande el del treinta y cuatro. En la preparación de la insurrección del treinta y cuatro se habló mucho de revolución y de toma violenta del poder, pero no se hizo nada concreto para ello. Se habían prometido armas, pero nunca llegaron. El resultado es que el día siete de octubre los mineros no pudimos defendernos. Hubo tiroteos con la Guardia de Asalto y con la Guardia Civil, y murieron muchos compañeros. La huelga general de Río Tinto duró quince días. Vi que todo había sido un fiasco. A principios del treinta y cinco dejé el Partido Socialista, aunque seguí en la Juventud, de la que fui presidente en Río Tinto hasta el comienzo de la guerra. En el año treinta y cinco me procesaron por rebelión con otros muchos. Nos incluyeron en el proceso del "Turquesa", el barco que desembarcó armas en Asturias. Me condenaron a prisión atenuada, que era condenarme a morir de hambre, puesto que me tenían en casa sin poder trabajar. Hubo un gran movimiento por la amnistía.

—¿Cómo veían los mineros de Río Tinto a los políticos republicanos?

—Bueno, pues... de Lerroux pensábamos que era un corrompido. En cuanto a Gil-Robles lo veíamos entonces como un preparador del fascismo, con aquellos gestos que tenía como el de sacar una pistola en un mitin. Azaña nos parecía un político honrado. Por Largo Caballero sentíamos una gran admiración. Nosotros sabíamos que había intentos de echar abajo la República. Cuando triunfó el Frente Popular vimos claramente una actitud hostil, próxima a la rebelión, en las fuerzas de seguridad, que quedó contenida por la presión de la clase obrera y campesina. En Río Tinto hubo, de febrero a julio, una serie de huelgas en apoyo de los obreros represaliados del treinta y cuatro. Se consiguió la vuelta al trabajo de todos y la indemnización por todo el tiempo que habían estado sin trabajar.

—¿Cuál fue la reacción ante el dieciocho de julio?

—Yo estaba ese día en Huelva, en el Congreso de Unificación de la Juventud Socialista y de la Juventud Comunista, de la fundación de la Juventud Socialista Unificada. Nos enteramos de la sublevación el diecisiete por la tarde. Inmediatamente nos fuimos al Gobierno Civil para que nos dieran armas. Como no nos las dieron, se las quitamos a los guardias de Asalto. A los dos días, nos volvimos a Río Tinto, donde formamos una columna para ir a Sevilla. Se suscitó una gran discusión sobre si la Guardia Civil debía o no acompañar a la columna, ya que teníamos dudas acerca de su fidelidad a la República. Cuando llegamos a La Pañoleta, cerca de Sevilla, la Guardia Civil que nos abría paso tiró una bomba contra un camión que llevábamos cargado de dinamita. Murió mucha gente.

Tuvimos que volvernos. Fuimos apoderándonos de armas en los cuarteles, por todos los pueblos de la zona, Aracena, La Palma, Tharsis, Los Castillejos...

La columna minera

—Se ha hablado de que participó en una "larga marcha", que tuvo un cierto carácter épico...

—Bueno, eso es a lo que ahora iba a pasar. En Río Tinto decidimos dejar el pueblo e ir hacia la sierra. Eramos unos doscientos. Ibamos en coches y camiones. Formábamos una columna muy heterogénea, armada de un modo disparatado. Queipo de Llano había amenazado con hacer trizas toda la zona minera. Nos acusaban de criminales, pero la verdad es que en Río Tinto no se mató a nadie, ni se cometieron desmanes de ninguna clase. Cuando llegamos a Aracena, algunos entraron en la iglesia que era muy rica y cogieron las alhajas, pero les obligamos a que las restituyeran. Pasamos luego a la provincia de Badajoz, por Fuentedecabras que parecía estar abandonado, con las luces del Ayuntamiento encendidas. Al día siguiente, paramos un "Balilla" en el que iba un teniente coronel. Llevaba consigo el plan de órdenes de Yagüe para Extremadura. Fue el primer prisionero que cogimos. En Alange nos hizo frente la Guardia Civil y pudimos apoderarnos de una ametralladora, que para nosotros se convirtió en un objeto de adoración.

—¿Quién mandaba vuestra columna?

—Nadie y todos. Eramos ya unos quinientos, con los que se nos iban incorporando por los pueblos y con los prisioneros que íbamos cogiendo.

—Pero, ¿cómo es posible que las tropas sublevadas no os cortaran el paso?

—Pues seguramente porque lo desordenado de nuestros movimientos debió desconcertarlos. Porque la verdad es que no eran unos movimientos muy militares. Los prisioneros que íbamos cogiendo nos dificultaban además la marcha y aumentaban nuestros problemas de intendencia. A nadie se le pasó por la cabeza la idea de fusilar a ninguno. Como tampoco se fusiló a ningún guardia civil en Río Tinto.

—Y, sin embargo, hubo represión en Río Tinto, ¿no?

—En Río Tinto fusilaron a tres mil personas, de dieciocho mil habitantes que teníamos entonces. Y habíamos salido ya varios millares a unos sitios y a otros. Los fusilamientos fueron a finales de agosto de mil novecientos treinta y seis. Nos enteraríamos de esto en Teruel. Bueno, como iba diciendo, al salir de Alange nos encontramos con unos campesinos a los que preguntamos cómo podíamos llegar a Castuera, donde sabíamos que había fuerzas republicanas.

—¿No teníais mapas?

—No los teníamos, y aunque los hubiéramos tenido no hubiéramos sabido interpretarlos. En Castuera nos organizamos un poco. A mí me nombraron teniente de una sección en una compañía que estaba al mando de un estudiante de filosofía. En Llerena nos encontramos por vez primera con la guerra pro-

piamente dicha y allí sufrimos el primer bombardeo aéreo. Eran varias escuadrillas de "Capronis" que volaban casi a ras de suelo. Durante todo el día estuvieron largándonos bombas. De allí fuimos a Toledo, que ya estaba tomado. Entre los recuerdos de la guerra no puedo olvidar el de un combate cuerpo a cuerpo mantenido en la Casa de Campo en la noche del seis de noviembre, adonde me habían enviado al mando de un batallón de obreros municipales.

—¿Dónde se situaba políticamente en ese tiempo?

—Entré en el Partido Comunista en esos días, hacia el diez de noviembre.

—¿Qué razones le llevaron a entrar en el Partido Comunista?

—El Partido Comunista me parecía ser el que tenía una concepción más clara de la guerra y de cómo había que conducirla, con la creación de un verdadero Ejército disciplinado y bajo un mando único. Por otra parte, yo estaba ya muy radicalizado ideológicamente.

—Sigamos con la guerra.

Las batallas de un vencido

—Al mando de un batallón de la sesenta y ocho Brigada Mixta participé en los combates de la Ciudad Universitaria y de la Casa de Campo, y luego en Brunete, donde me hirieron en el cuello. Al salir del hospital, me confiaron el mando de la sesenta y ocho Brigada Mixta, formada por batallones de la Juventud Socialista Unificada y del Frente de Juventudes. Intervinimos luego en los frentes de Zaragoza y Teruel. Lo de Teruel fue terrible. Hubo que amputar las extremidades a muchos soldados, congeladas por el frío que llegó a alcanzar hasta dieciocho grados bajo cero. Ibamos muy mal equipados. Después de la batalla de Teruel, y una vez sustituidas las cuantiosas bajas que sufrió la Brigada nos enviaron al frente del Este, por la parte de Montalbán y la zona minera, donde operamos un repliegue ante los italianos y las brigadas de requetés que, recuerdo, fue citado luego en la Academia Frunze, de Moscú, por Malinowski, como un ejemplo de retirada ordenada, sin pérdidas.

—Malinowski, ¿el mariscal que fue ministro de Defensa de la URSS?

—Sí, estubo en España, y luego fue profesor de la Academia Frunze. Intervinimos luego en Tortosa, donde estaba el Quinto Cuerpo de Ejército, con la Once Brigada que mandaba Líster y la Tercera División que mandaba Tagüeña. Estando en Seo de Urgel, me nombraron jefe de la Treinta División que formaba parte del Cuerpo de Ejército que estaba al mando de Paco Galán, el hermano de Fermín. De allí nos sacaron cuando la ofensiva fascista sobre Cataluña, que mi División resistió en el frente de Artesa de Segre. Me trasladaron luego al frente del Ebro, donde me confiaron el mando de dos Divisiones, la Cuarenta y cuatro y la Cuarenta y cinco, con las que luego tendrían que cubrir la retirada hacia los Pirineos. Pasamos la frontera el nueve de febrero...

—¿Cómo pudo evitar ser internado por la gendarmería francesa?

—Llegamos de madrugada. Cuando vimos que a las columnas las iban encuadrando, nos separamos un grupo y nos fuimos por la carretera, en busca de un café, aunque no sabíamos cómo haríamos para poder pagarlo porque íbamos sin un duro. Pararon dos coches, en los que iban Modesto, Líster, Tagüeña, Eteivino Vega, Delage y Santiago Alvarez; nos ofrecieron sitio y nos llevaron a Perpignan. Con un poco de dinero que nos dio el Partido pudimos comprarnos ropa civil y tomar el tren hacia Toulouse. Estuvimos allí unos días, alojados en casas de camaradas franceses. Nos entrevistamos con el general Rojo, quien nos dijo que ya nada había que hacer y que era una locura que volviéramos. Yo volví a Madrid en avión. Ya en Madrid se hablaba de las relaciones de Casado con los ingleses y de la posibilidad de un golpe de Estado. Cuando se produjo la sublevación de Casado, fui llamado a Elda, donde estaba el Gobierno. En el viaje me pararon dos o tres veces. En Elda hablé con la dirección del Partido. Tagüeña y yo estuvimos a punto de ser detenidos en Alicante. Hubo luego una reunión, en Monóvar, del Buró Político del Partido, a la que asistió Togliatti, y en la que se decidió quién debía salir y quién no, quién salía para un sitio y quién para otro. Yo me fui a Argelia, donde nos internaron en un campo de concentración. A mediados de mayo salimos hacia la Unión Soviética. En mi grupo venían, que yo recuerde, Giorla, Checa, Claudín, Gallego... Entré en la Academia Frunze del Ejército soviético. Durante toda la guerra mundial seguí en la Academia, pero ya como profesor, hasta mil novecientos cuarenta y seis, año en que regresé a Francia.

—¿Participó usted, de alguna forma, en las guerrillas?

—No. Entré en España en mil novecientos cuarenta y seis, pero sólo estuve un mes. Mi entrada definitiva en España tuvo lugar en mil novecientos cincuenta y siete.

—¿Ya era miembro de la dirección del Partido?

—En mil novecientos cincuenta y cuatro había sido elegido miembro del Comité Central, en el Quinto Congreso. En mil novecientos cincuenta y seis me nombraron miembro suplente del Buró Político. En mil novecientos sesenta y cinco o mil novecientos sesenta y seis ingresé ya como miembro efectivo en el Ejecutivo.

Diecisiete años clandestino

—¿Qué importancia tenía el Partido Comunista, cuantitativamente, cuando vino a España?

—Era muy reducido, numéricamente. No sé si en Madrid habría doscientos o trescientos, organizados, quiero decir. Era un partido compuesto sobre todo de gente que había estado en la cárcel.

—Luego muy vulnerable.

—Muy vulnerable. Ya empezaban a incorporarse, sin embargo, jóvenes de la generación intermedia.

—¿Cuál era su misión?

—La de trabajar en la organización de Madrid, donde estaban también Simón Sánchez Montero y Federico Sánchez, es decir, Jorge Semprún.

—Federico, ¿estaba permanentemente en España, o iba y venía?

—Estaba más tiempo en España que fuera. Yo pienso que a Federico se le debe en gran parte el despertar de la Universidad. Yo me dedicaba al movimiento obrero fundamentalmente.

—¿Cómo se movía en la clandestinidad?

—Procuraba hacer una vida lo más normal posible. Trataba de alojarme en casas sin portero. Me hacía pasar por traductor para justificar mis entradas y salidas a cualquier hora del día. Me retiraba siempre temprano. Mantenía siempre buenas relaciones con todo el mundo, pero evitando hacer amistades. Daba siempre las citas lejos del barrio donde vivía. No usaba nunca el Metro, porque es fácil ser seguido y detenido en el Metro. Dejaba los taxis bastante lejos de mi casa. Lo difícil era reunirse. Encontrar una casa donde poder reunirnos siete u ocho personas era muy difícil. Debíamos hacerlo en sitios como en los merenderos de la Dehesa de la Villa, en torno a una botella de vino y gaseosa, o en el campo, en una hondonada, los domingos por la mañana. Lo más delicado y vulnerable es siempre el aparato de propaganda.

—¿Cayó alguna vez el aparato de propaganda?

—Una sola vez, en mil novecientos sesenta y cuatro, por excesiva confianza de algunos camaradas. Precisamente por eso estuve a punto de ser detenido. El aparato de propaganda lo habíamos instalado en el sótano de un comercio de artículos eléctricos montado por el Partido. Tirábamos allí "Mundo Obrero" con una multicopista muy vieja. Un día fui allí, y vi a dos hombres frente a la tienda, que parecían contratistas de obras o algo así porque estaban en unas obras; pasé dos veces por delante del escaparate y me decidí a entrar al ver a un hombre con una bilbafina, pues el dueño siempre usaba boina. Una vez dentro, me di cuenta de que el de la boina no era el dueño y que la mujer de nuestro camarada estaba muy turbada. Detrás de mí entraron los dos tipos. Yo pedí un par de bombillas. Cuando iba a salir me pidieron el carnet de identidad. Se lo di, y mientras uno telefoneaba, le arranqué el carnet al otro y salí corriendo. En la calle me caí. Salí el policía tras de mí con una pistola. Le tiré las bombillas a la cara. Cuando ya escapaba me disparó dos tiros, pero no me dio. Conseguí huir, recogí los papeles y me cambié de casa. Y también, claro, de carnet de identidad. La Policía sabía que a mí me llamaban Aurelio y Luis.

—¿Por qué le llamaban "El Tanque"? ¿Era otro nombre de guerra?

—Eso me lo puso Roldruejo.

—¿Cuando había una caída se ponía al páiro?

—No. Cuando había una caída lo que hacía era no pasar por los sitios donde hubiera tenido contactos con los detenidos. Pero eso no me retiraba de la circulación.



Con su hija... "Durante diecinueve años no he podido ver a mi padre más que en contadísimas ocasiones".

Un Partido con buena salud

—¿Nadie sabía dónde vivía?

—Algunos sí. Viví por López de Hoyos y con algunos camaradas, con Claudín, Federico Sánchez y, durante meses, con Simón Sánchez Montero. Cuando lo detuvieron en mil novecientos cincuenta y nueve, en los días en que estábamos preparando la huelga general, Simón vivía conmigo. Teníamos tanta seguridad unos en otros que no me moví de casa, ni tan siquiera rompí un papel, y lo mismo hice cuando detuvieron a Julián Grimau, que también había venido por mi casa.

—¿Hubo alguna vez infiltraciones de la Policía o de sus confidentes en el Partido?

—El Partido ha gozado siempre de mucha salud política. De todos modos tuvimos siempre muchas precauciones con los candidatos. Tenían que ser avalados por varios militantes y cuando alguno salía de la cárcel se le mantenía separado durante unos meses. Se estudiaba muy cuidadosamente cómo se había comportado en la cárcel y ante la Policía. Por otra parte, en aquel tiempo, las organizaciones no tenían contactos entre sí. Sólo los responsables enlazaban con la dirección del Partido en Madrid y la dirección era entonces muy reducida, siete u ocho miembros.

—Las consignas para la jornada de Reconciliación Nacional y para la huelga del cincuenta y nueve, ¿se basaron en unos análisis realistas de la situación?

—Bueno, yo creo que había realismo en nuestros análisis, aunque había sin duda un cierto voluntarismo, porque era inevitable que así fuera en un Partido que lucha en la clandestinidad. Pero lo que se refiere a la jornada de Reconciliación Nacional pudimos comprobar que nos movíamos entre nosotros en un círculo un tanto cerrado que nos impedía pulsar las opiniones de la gente. En cuanto a la huelga del cincuenta y nueve, sí, éramos conscientes de que no iba a salir, pero para nosotros fue una forma de actuar sobre la clase obrera, de esclarecer políticamente la situación, y eso ayudó a una vanguardia. En Madrid hubo un millón de octavillas en la calle y a este respecto hay que destacar el lanzamiento de octavillas que se hizo al término de un partido de Copa en el Bernabeu. Se vio como un verdadero desafío.

—En diecisiete años de clandestinidad, ¿no le detuvieron nunca?

—En efecto, no cal hasta el setenta y cuatro. Yo tengo la impresión de haber sido denunciado por una persona con la que no tenía relación desde hacía diez años, desde su exclusión del Partido y a la que vi pasar cerca de mí en dos ocasiones, en un coche, en los días anteriores a mi detención. Me detuvieron al salir de mi casa, justo cuando estaba a punto de cambiar de domicilio.

—¿Sabía la Policía a quién detenía?

—No. No sabían que yo era Romero Marín. Lo primero que me preguntaron fue que dónde tenía la pistola. Yo nunca la he usado. En la Dirección General de Seguridad me limité a decir mi nombre y mi calidad de miembro del Comité Ejecutivo. Al principio acepté el interrogatorio porque se trataba de cuestiones sin importancia, pero llegó un punto en que me negué a responder a nada. Salí de la cárcel —me pedían quince años— a los dos años y tres meses, con motivo del indulto real.

Checoslovaquia: Independencia frente a la URSS

—¿Cuáles han sido los momentos más difíciles en la vida interna de su Partido?

—La liquidación de las guerrillas, el problema de la utilización de las plataformas legales como los sindicatos, la postura hacia la Iglesia que surgió en el Congreso de mil novecientos cincuenta y cuatro, que rompió con una de las tradiciones más negativas de la izquierda española —el anticlericalismo—, al preconizar el Partido el respeto a la Iglesia y al declarar que incluso en un régimen socialista se subvenciera a las necesidades del clero y del culto, así como de ir el socialismo con las fuerzas católicas que estén por las ideas socialistas. Esto provocó una discusión muy fuerte en el Partido, que estaba impregnado aún de ese anticlericalismo tradicional. Otro momento difícil fue la política de reconciliación nacional proclamada en mil novecientos cincuenta y seis, es decir, poco tiempo después de haber terminado las guerrillas y cuando aún estaban recientes muchos fusilamientos. Otro fue el de las discusiones suscitadas por las tesis de Claudín y Federico. Un momento particularmente trau-

mático había sido, por supuesto, la revelación del Informe de Krushev al Veinte Congreso del PCUS y, por último, la invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia.

—Eso, hablemos de Checoslovaquia. ¿Cuál fue su reacción personal?

—Aquel verano yo había ido a la URSS, invitado, a descansar unos días. Ya estaba informado de la consulta que había hecho el PCUS a todos los Partidos acerca de cuál sería su reacción ante una posible intervención de las fuerzas del Pacto de Varsovia. Nuestro Partido respondió rechazando totalmente esa eventualidad y advirtiendo que se vería obligado a condenarla. Pero desde que llegué a Moscú comencé a advertir que se estaba tramando algo, a juzgar por lo que me decían. Este temor era compartido por Carrillo, Gallego y otros con quienes me encontré en Crimea. Cuando nos enteramos por la radio, a las siete de la mañana, de la invasión, nos fuimos inmediatamente a Moscú. Celebramos una reunión los miembros del Ejecutivo que estábamos allí y redactamos un comunicado en el que se condenaba la ocupación y en el que se decía que no había peligro para el socialismo en Checoslovaquia. El comunicado se hizo público a través de Radio España Independiente. Mantuvinos una reunión con Suslov y Ponomarev, que fue muy tensa. Dolores Ibarruri participó en esa discusión.

—¿Hubo algún desacuerdo en la dirección, en este punto?

—En la reunión del Comité Central de septiembre, Eduardo García, Agustín Gómez y algunos más se opusieron a la actitud que habíamos adoptado.

—¿Y Lister?

—En ese momento se manifestó también de acuerdo con nosotros. Cambiaría de actitud dos años más tarde. Precisamente él nos había leído un diario en el que había anotado detalles muy interesantes de la invasión, que él había vivido, como, por ejemplo, el llanto de soldados soviéticos, las reacciones de la gente, de los militares checos...

—¿A qué se debe, en su opinión, el fracaso de la operación Lister?

—A que no tenía como objetivo fundamental propiciar los cambios profundos que necesita la sociedad española, a que sometía la política del Partido a la voluntad de un Partido hermano y a la política de un Estado socialista.

—Cuando vuelve a España, en el interior del Partido, ¿qué repercusiones han creado en el Partido los acontecimientos de Checoslovaquia?

—Habla una cierta confusión y un gran debate. En algún sector, algún camarada, por su cuenta, había hecho escritos contrarios a la posición del Partido. Lo que ocurría es que se confundieron los lazos que nos unían con la Unión Soviética con una incondicionalidad absoluta. Y un Partido revolucionario no puede ser incondicional de nada. Lo que tiene que hacer un Partido revolucionario es pensar por su cuenta, hacer la revolución en su país y no someterse a la política de otro Partido o de un Estado. CESAR ALONSO y MIGUEL SALABERT